

Estudios interculturales
Antagonismos, identidades y negociaciones

Juan C. Godenzzi (ed.)

TINKUY

BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE

Nº 5 – Otoño 2007

Colaboradoras de edición

Marta Bulnes V.

Valérie Streicher-Arseneault

© 2007 Section d'Études hispaniques
Montréal, Université de Montréal

ISSN 1913-0473

Romanos, godos y moros en la construcción de la *morada vital* hispana: reflexiones desde el multiculturalismo y la interculturalidad

Manon Laroche
Université de Montréal

Chacun d'entre nous devrait être encouragé à assumer sa propre diversité, à concevoir son identité comme la somme de ses diverses appartenances, au lieu de la confondre avec une seule, érigée en appartenance suprême, et en instrument d'exclusion, parfois en instrument de guerre. (Maalouf 1998: 183)

La Península Ibérica siempre ha sido el cruce de muchos pueblos porque estaba, hasta 1492, en el extremo oeste del mundo. Fueron numerosos los intercambios comerciales con otras regiones y también varias las invasiones, como la romana, germánica o árabe. El comercio, la convivencia y los conflictos transformaron en mayor o menor grado a los peninsulares. En el período marcado por la unión del imperio de Aragón con el de Castilla, en las personas de Isabel y Fernando, y la colonización de América, la Península estaba en el apogeo de su propia afirmación. Pero desde la caída de su poder político y la pérdida de sus últimas colonias en 1898, el imperio de España fue desestabilizado e intentó buscar su verdadera esencia para ayudarse a comprender mejor quién era y qué le ocurrió. La Generación del 98 estuvo muy preocupada por el tema. La Guerra Civil de 1936-1939, el franquismo, el post-franquismo y el actual movimiento de globalización siguen alimentando esas cuestiones identitarias. Se han buscado lugares, paisajes, tradiciones, lenguas, figuras y características típicamente “españoles”. Los pensadores no se han puesto de acuerdo en lo que suele caracterizar al “español”, ni en los factores determinantes en la construcción de su identidad, su manera de vivir y sus valores, tampoco en el momento de la Historia a partir del cual se ha podido hablar del “español” y no del romano, germánico o aragonés. Esa “hispanidad” es un concepto muy complejo. El pueblo español se ha forjado a lo largo del tiempo y hay que preguntarse qué papel han jugado esos contactos con otras civilizaciones dentro de ese proceso. A nosotros nos interesa sobre todo el caso de los romanos, godos y moros frente a los españoles. (El caso de los judíos también sería muy interesante, pero necesitaríamos incorporarlo en un estudio más amplio que éste por la complejidad de la cuestión). Entonces ¿qué caracteriza al “español” y su *morada* (o *contextura*) *vital*? ¿Es uno español por el simple hecho de haber nacido en la Península en cualquier momento de la Historia? ¿Cuándo nació el sentimiento de pertenencia a una sociedad dicha “española”? ¿ya existía la “esencia” española antes de la invasión árabe en 711 o, al contrario, sería que el “español” ha surgido por el hecho de estar en oposición al moro? ¿En qué manera el contacto con el “otro” dentro de un contexto de dominación, de tolerancia o de intercambio ha favorecido la construcción de esa identidad? Intentaremos analizar estas preguntas. Nos apoyaremos particularmente en dos especialistas de la cuestión, a saber, Américo Castro y Claudio Sánchez-Albornoz, quienes escribieron las últimas obras de importancia relativas a ese tema en el siglo XX.

1. Estudios históricos en torno a la identidad española

A lo largo de la historia, muchas personas se han interesado por el tema de la identidad española. Como lo hemos mencionado ya, la Generación del 98 buscó el alma española pura, principalmente en el campo de Castilla: en su paisaje, su lengua y sus tradiciones. De este grupo de autores y de sus sucesores, destacaremos algunos que contribuyeron de manera importante a la reflexión sobre la identidad española. Observaremos que cada uno tiene su propia interpretación de lo español.

“Ante el caso España, Menéndez Pelayo se refugia en el pasado glorioso que representa el siglo XVI, cuando España –renacentista y católica- era en todo la cumbre de Europa. Desde esa cima áurea rechaza toda idea pesimista de decadencia cultural. La España visigoda carece de interés, e igualmente la Edad Media, por ser la historia de una lucha de la luz latina y cristiana contra las tinieblas germánicas” (Peña 1975: 93).

“La tesis pidaliana” (de Menéndez Pidal) acerca del origen de lo español es clara : “Castilla hace a España, pero encarnando y reestructurando valores humanos y culturales preexistentes en la tradición romano-visigoda, unos patentes y fácilmente detectables, otros en estado de latencia” (Peña 1975: 94). La interpretación que Unamuno tiene de España y de lo español no es constante: “Pasa de antitradicionalista [...] a europeizante, españolizante y defensor de un africanismo. Castilla ha hecho a España, a la vez que se ha ido españolizando, con un espíritu centralizador, unitario y expansivo [...] España es para Ortega muchas cosas: un dolor, un problema, un enigma. Propone su reconstitución y europeización: si España es el problema, Europa es la solución” (Peña 1975: 95-96).

2. Polémica entre Américo Castro y Claudio Sánchez-Albornoz

Basándose particularmente en la teoría de Menéndez Pidal ante el origen del español, pero yendo más allá, Américo Castro escribió en 1948 una obra que se llama *España en su historia: cristianos, moros y judíos* y que iba a revolucionar todo lo que se había escrito sobre el caso español. Castro precisó su pensamiento en ediciones subsiguientes llamadas *La realidad histórica de España*, publicadas en 1954, 1962 y 1966. Así describió él mismo su objetivo: “Quisimos averiguar cómo se formó y se desarrolló lo que hoy denominaríamos la forma hispánica de vida” (Castro 1948: 9). Esta obra, peculiar e intrépida en sus conclusiones, marcó época en la manera de interpretar lo español, produciendo acaloradas reacciones, sobre todo por parte del historiador Sánchez-Albornoz. Éste tomó muy a pecho combatir las teorías de Castro, tal como aparece en su réplica de 1956 llamada *España, un enigma histórico* (Gómez-Martínez 1975: 52). La polémica entre estos dos escritores sólo llegó a su fin con la muerte de Américo Castro en 1972. Los dos autores se enfrentaron en cuanto al origen de lo que Castro llama la *morada vital* hispana (y Sánchez-Albornoz: *contextura vital* hispana) —términos que serán utilizados como sinónimos a lo largo del trabajo— y en sus manifestaciones. Esa *morada vital* se define como “el hecho de vivir ante un cierto horizonte de posibilidades y de obstáculos (íntimos y exteriores) [...] o puede referirse al modo como los hombres manejan su vida” y “toman conciencia de existir en ella”

(Gómez-Martínez1975: 41-42). La *morada vital* es, entonces, esta manera de pensar y de actuar dentro de una colectividad porque uno se identifica con ella. Incluye esas características que hacen que un pueblo es lo que es y que no es idéntico a otro pueblo. ¿Cuándo empezaron los habitantes de la Península a sentirse “españoles” y a obrar como tal? Ésa es la pregunta.

3. Supuestos teóricos de Castro (1885-1972)

Castro plantea que la España moderna empieza con la invasión musulmana, en el año 711, y que la ‘morada vital’ hispánica fue el resultado obtenido en el enfrentamiento con los árabes (López Estrada:113). De ese modo, la conciencia de ser “español” se construyó entre los siglos VIII y XII, o hacia el año 1000. Castro (1948: 50) señala:

El pasado visigótico y romano servía para mantener viva la conciencia de no ser moros, pero no servía para oponer a la muslemía dueña de la mayor extensión del país, una cultura, unos conjuntos de valores que permitiesen tratar con el enemigo de potencia a potencia” (Castro 1948: 50).

Así, pues, “el islam obligó a contemplar y a usar en una nueva perspectiva el tradicional modo de existir y el quehacer social de los habitantes del norte” (Castro en Gómez-Martínez 43). De hecho, a los peninsulares “se les planteó en el siglo VIII la alternativa de seguir existiendo o de perecer” (Castro 1948: 11). Para no ser asimilados, “hubo de forjarse una manera de vida, un proyecto de acción, nuevos del todo” (Castro 1948: 12). Los “no moros” encontraron en la religión cristiana el proyecto de sociedad que iba a unificarlos de manera suficientemente fuerte para “oponerse” a los moros. Para Castro, esta unión entre la realidad política con la religiosa es muy “española”. Esa evolución de la religión, distinta en España que en el resto de Europa, hubo de marcar *morada vital* hispana.

La España musulmana (711-1492) marca una ruptura con lo anterior: el “español” se identifica como “cristiano” y convive con los judíos y los moros —hasta ocho siglos en algunas regiones— unas veces luchando unos contra los otros; y otras, tolerándose o intercambiando. Pero sin esa convivencia, el “español” no sería lo que es ahora. Las influencias se reflejan en esferas muy diversas: en la arquitectura, la ciencia, el léxico, la literatura, la música, etc..

¿Qué caracteriza a ese “español” para Castro? La imagen del “caballero cristiano” de la Edad Media: el que necesita de algún prestigio, sea religioso, regio o de honra. El que es perezoso, orgulloso y heroico. El que “ya en la Edad Media, desdeñaba la labor mecánica, racional y sin misterio, sin fondo de eternidad que la trascendiera —tierra o cielo” (Castro 1948: 37). El que se ha “fundado un mundo en creencia y nunca en pensamiento” (Castro 1948: 13). Castro ve en *La Celestina*, Cervantes, Velázquez, Goya, Unamuno, Picasso y Falla, por ejemplo, “un quid último que es español y nada más” (Castro 1948: 13). Pero, ¿de dónde viene esa hispanidad y cuándo nació? Recordemos lo que dice Castro:

El punto de partida para todo conocimiento histórico es la 'morada vital', la búsqueda de ese comienzo del saberse existir español ha de ser el principio forzoso, puesto que ésta está integrada por 'la presencia de un grupo humano, consciente de sus dimensiones colectivas y territoriales, de un pasado sentido como vivo... consciente también de un futuro prometedor de bienes o preñado de males'. Por ello, al hablar de los godos, [Castro] niega a los habitantes de la España de aquella época su calidad de españoles, ya que vivían 'sin acabar por reconocerse, ellos mismos, como plenamente existentes y dignos de historia'. De ahí que pueda asegurar categóricamente que: 'Los castellanos y aragoneses no eran ni visigodos ni romanos ni celtíberos, porque la dimensión colectiva de un grupo humano depende de una forma social y no de una sustancia biológica-psíquica, latente y perdurable' (Gómez-Martínez 1975:42-43).

Según Castro, eran pueblos estáticos e incapaces de evolucionar, de modificar sus tradiciones o crearse otras. El autor cree que no vale la pena buscar alguna "hispanidad" entre ellos, porque no hay nada que encontrar. ¿Y los romanos? No juzgó pertinente escribir ni un capítulo sobre ellos en *España en su historia: cristianos, moros y judíos* porque está seguro de que el "español" empieza en el 711. Afirma que los romanos de la Península eran romanos, ¡pero nunca "españoles"! Lo que sí admite es que lo que llamamos hoy "español" debe su existencia a las "ruinas" de todos esos pueblos.

4. Supuestos teóricos de Claudio Sánchez-Albornoz (1893-1984)

“¿Qué es la historia [...] sino el continuo entrecruce, en paz y en guerra, de culturas y de estilos vitales? Y, ¿qué son las comunidades históricas que llamamos pueblos o naciones sino el resultado del desigual cruzamiento pugnaz o pacífico de tales culturas y de sus humanos portadores y, por ende, de las estructuras de sus vidas?” (Sánchez-Albornoz 1962: 99). Así se podría resumir el postulado del historiador. Para él, todas las luchas e invasiones que tuvieron lugar en la Península aun desde el neolítico permitieron “crear en el español una singularísima contextura vital” (así llama a la *morada vital* de Castro). “Le habían hecho ávido de aventuras, amador de la libertad, sufridor de dolores y fatigas, gustador del caudillaje, nada razonador, xenófobo, acerado, orgulloso, arriscado, bravo, impulsivo y vehemente” (Sánchez-Albornoz 1962: 114). No entiende por qué Castro prescinde de los miles de años que preceden la invasión árabe. Él cree que la clave de la *contextura vital* hispana se encuentra en este período premusulmán y que la Reconquista desvió la nación hispana de su verdadera naturaleza.

“La dominación romana fue como una etapa afirmativa de la estructura funcional y de la contextura anímica primigenia de los peninsulares: [...] lejos de mudar la vieja herencia vital acuñada en milenios, hubo de contribuir a hacerla perdurable” (Sánchez-Albornoz 1962: 120). Así, según el autor, el contacto con los romanos les permitió afirmarse como pueblo, fortalecer su profundo sentido jurídico —que ya tenían antes de la conquista romana—, y “atenuar las diferencias que separaban a los peninsulares (entre sí) al facilitar y provocar su contacto” (Sánchez-Albornoz 1962: 117). En ese sentido, la lengua latina —adoptada por la mayoría— desempeñó un papel unificador del pueblo y el mundo de ideas romanas se expandió en la Península. Agrega que todo eso hubo de marcar huellas seguras en los

procesos de conciencia. Ilustra su propósito diciendo que “Séneca, Lucano, Marcial, Prudencio, etc., pensaron y escribieron conforme a las tradiciones culturales grecolatinas, pero de acuerdo a su condición de españoles y conforme a su singular contextura psicofísica” (Sánchez-Albornoz 1962: 124).

Castro dice que la etapa del señorío visigodo en España no rima con lo auténtico hispano. [...] Pero de todos ellos fueron los visigodos los únicos que se vertieron integralmente en el río de lo hispánico. [...] Sólo con los godos entró en tierras hispanas un pueblo entero, una total comunidad humana, con su vieja herencia temperamental, su contextura orgánica, su potencial de vida. (Sánchez-Albornoz 1962: 131)

Al contrario de Castro, Sánchez-Albornoz encuentra la tradición gótica en diversos aspectos de la vida española, sea en la nobleza (que se decía de ascendencia visigoda), en la literatura (la epopeya), en la herencia jurídica y en las asambleas populares (de prácticas democráticas). Según el autor, a los godos se les atribuye la responsabilidad de una intensificada colonización en el territorio “español” y se les reconoce el hecho de “haber prolongado la etapa de fusión de las sangres y de las tradiciones culturales de los pueblos peninsulares, todavía no suficientemente unificados a la caída del Imperio Romano” (Sánchez-Albornoz 1962: 136).

Como consecuencia de la presencia en la Península de los pueblos germánicos, la invasión musulman tropezó, por tanto, en las montañas norteñas de España [...] con pueblos en los que sobrevivían formas de vida ancestrales: pueblos amadores de la libertad, habituados a la abstinencia y la fatiga, fáciles a la seducción del caudillismo, nada dados al razonar calculador, orgullosos, arriscados, impetuosos, bravos, vehementes, rudos de maneras, prontos a desafiar la muerte en el camino de la satisfacción de sus apetencias vitales, realistas porque entregados a la acción les faltaba plazo para soñar, torpes para objetivar su pensamiento en técnicas, prestos para desbordar su pasión en sus concepciones del más allá y en quienes primaba la exaltada devoción integral a la persona como suprema fuerza histórica. (Sánchez-Albornoz 1962: 140)

En cuanto a los moros, Sánchez-Albornoz afirma que éstos no pudieron influir mucho en lo hispánico por diversas razones. Primero, los berberiscos y orientales que llegaron a la Península en 711 eran elementos dispares, es decir que provenían de diferentes *contexturas vitales*. Esa heterogeneidad no pudo entonces influir tanto como un pueblo homogéneo lo podría hacer.

Segundo, sería legítimo preguntarse cuántos berberiscos se impusieron en Al-Ándalus. Sánchez-Albornoz cuestiona la importancia de las culturas diversas de unos miles de moros frente a la *contextura vital* hispano-goda, ya bien establecida entre los ocho millones de personas que vivían en el sur de la Península. Según él, lo hispano pre-musulmán perduró vigoroso. Apoya su postulado en la *morada vital* de los habitantes de la Península. Por ejemplo, hasta mediados del siglo IX, los cordobeses se negaban a aceptar las modas de Oriente; hasta principios del XII se hablaba el romance (incluso el califa y los nobles de estirpe oriental); muy pocos podían hablar bien el árabe y si lo hablaban, eran bilingües. Afirma que la adopción de los hábitos intelectivos orientales fue aún más lenta que la

propagación del habla. Dice que son más bien los árabes quienes adoptaron la vieja forma de vivir del español preislámico: se notan muchos ejemplos en la literatura de los mozárabes y de los renegados, en el uso del calendario romano, en el vestir, en el uso de medicinas preislámicas, en el gusto de lo popular, en el respeto a la mujer y a la “libertad callejera” que tenía y en “las yeserías policromadas de dibujo geométrico —de origen hispano-romano según numerosos hallazgos arqueológicos” (Sánchez-Albornoz 1962: 155-156).

Tercero, además de sus orígenes diversos y de su número reducido, los grupos humanos que llegaron aún no poseían una profunda *contextura vital* islámica. De hecho, hay que recordar que es con la muerte de Mahoma en el 632 que se expanden los territorios árabes, así como la religión musulmana, lo que quiere decir que en el 711 ni siquiera se había cumplido un siglo de la muerte del profeta musulmán. Sánchez-Albornoz subraya este hecho de que los invasores en “España” se encontraban recién convertidos al Islam y todavía sin arabizar. Entonces, ¿cómo pudieron transmitir algo que todavía no habían totalmente adoptado, integrado en su propia *contextura vital*? Por eso observa que es muy lenta también la arabización cultural de los españoles sometidos al señorío del Islam. ¡Pero ojo! Sostiene que lo islámico español no es lo islámico-oriental porque se desarrolla de acuerdo con la *contextura vital* de la Península, que suele ser mestiza por todos los orígenes diferentes de sus creyentes y por la “contaminación” que “sufrió” en el contacto con el mundo cristiano. De hecho, tampoco hay un Islam oriental, sino que cada país personalizó su Islam de acuerdo con las características propias de su *contextura vital*, lo que afectó su pensamiento y su sensibilidad.

5. Análisis de la cuestión

Desde 1962, nos encontramos con esas visiones antagónicas de Américo Castro y de Claudio Sánchez-Albornoz en cuanto a la historia de España y al origen de su *morada* (o *contextura*) *vital*. Se ha dicho del primero que tenía ideas novedosas, pero que su método de investigación era bastante subjetivo, a saber: ¿cómo distinguir un acontecimiento “historiable” de uno “no historiable”, o cómo distinguir un pueblo que tenga una *morada vital* capaz de evolucionar de uno que no pueda? Del segundo, se ha observado una visión más conservadora, pero se ha criticado también su individualismo y su combate demasiado personal hacia Castro. En nuestra opinión, ambos autores proponen ideas interesantes, pero tenemos algunas reservas respecto a algunas de ellas.

Para analizar la polémica, partimos del principio según el cual “la identidad de un determinado grupo sólo surge en situaciones de contacto e interacción con otros grupos, nunca como una característica propia del grupo” (Dietz 2003: 86). Ese contacto puede ser de diversas naturalezas: en la perspectiva del multiculturalismo, cabe la mera yuxtaposición de dos grupos culturales sin intercambios reales, o la tolerancia del “otro”, o su reconocimiento; en una perspectiva intercultural, cabe el intercambio mutuo y equitativo. ¿Qué sentido podríamos sacar de la polémica desde las perspectivas del multiculturalismo y de la interculturalidad?

El contacto con el otro, ya sea multi- o intercultural, ha de dejar algunas huellas. Por eso creemos que el cruce de todas las culturas que llegaron a la Península, por una razón u otra, fueron un ingrediente, de menor o mayor importancia, en la construcción de la *morada vital* hispana. Todas no han tenido igual incidencia en el carácter temperamental del español que conocemos hoy, pero el pueblo español no podría ser lo que es hoy sin el cruce, el mestizaje, las influencias y los intercambios culturales, científicos y literarios que tuvo con los otros pueblos. Al igual que Sánchez-Albornoz, no nos parece posible borrar todo lo anterior a 711 dentro de la Historia de España.

De hecho, es innegable el legado latino en la cultura hispánica —como en la francesa, portuguesa, italiana, etc.— sea por el habla o por su conocimiento, sus creencias, su arte, su moral, sus leyes y sus costumbres (definición de *cultura* de E. B. Taylor, citado por León Olivé en Alcázar Chávez 2003: 56). El Imperio Romano ofreció un contexto multicultural a Hispania, en el que se impuso una lengua y una religión, pero en el cual también hubo lugar para el respeto y la tolerancia frente a las tradiciones locales. Entonces, aquello transmitió una parte de su *morada vital* a sus colonias, sin jamás asimilarlas, lo que favoreció una nueva *morada vital* mestiza en cada grupo humano. En cuanto a los godos, no nos parece lícito tampoco negar su “dignidad de historia” como lo hace Castro. Por dos siglos dominaron la mayor parte de la Península, así que su presencia en Hispania no pudo ser vana dentro de la construcción de la *morada vital* hispana. Trajeron sus costumbres y valores y, otra vez, se creó otra *morada vital* mestiza en los habitantes. Se fortalecieron algunos rasgos de los hispano-romanos y se añadieron otros rasgos nuevos. ¿Y el papel de los moros? Aunque fueran de diversos orígenes y recién convertidos al Islam, ellos trajeron algo a Hispania. No fueron solamente un elemento en oposición a lo hispánico, sino una inspiración en muchos casos. Su contacto íntimo con lo hispano-godo del sur —y un poco más frío y por menos tiempo con el del norte— dejó huellas importantes en la *morada vital* hispana. Influyeron tanto en el léxico castellano, como en el arte, la arquitectura, el saber y las costumbres. Hubo períodos y lugares en los cuales moros e hispano-godos —o “no moros”— tuvieron una relación no sólo de dominantes-dominados, sino más bien de tolerancia, de convivencia y aun de intercambios interculturales. Por ejemplo, en el califato de Córdoba (929-1031) hubo un verdadero compartir de las ideas y de los saberes entre las dos comunidades culturales —y aun con los judíos. En efecto, el Islam ha sido reconocido dentro de su historia por haber ejercido la tolerancia y valorizado la convivencia. En algunos lugares, hubo períodos de multiculturalismo y aun de interculturalidad entre moros y “no moros” en los cuales cada uno dialogaba, escuchaba, respetaba, reconocía y aun intercambiaba con el otro. Al principio de su conquista, los moros buscaban más bien la extensión de su territorio. Es sólo con la llegada de los almorávides y los almohades en el siglo XI que la tolerancia ya no pudo ser posible, tampoco la convivencia entre cristianos, moros y judíos. Una vez que se sintieron verdaderamente amenazados, la interacción intercultural dio paso al combate para proteger y salvar la *morada vital*.

Tenemos algunas reservas frente al propósito de Sánchez-Albornoz cuando dice que la relación entre moros y “no moros” fue un simple contacto de cultura sin más trascendencia que cualquier otro contacto entre culturas distintas. Nos parece que el papel de los moros va mucho más allá de las influencias que pudieron tener en la *morada vital* hispana. Nos

explicamos. Nos parece que es verdaderamente con la España musulmana (711-1492) que nació la identidad española. Vemos un paralelo muy interesante entre la situación de España en esa época y el postulado de Maalouf. Él dice que « souvent, l'identité que l'on proclame se calque —en négatif— sur celle de l'adversaire » (21). ¿Quiénes eran los invasores y qué les caracterizaba? Eran berberiscos, orientales y musulmanes. ¿Bajo qué instancia invadieron la Península? Primero, bajo la *morada vital* árabe y después se impusieron también bajo el Islam. Entonces, ¿qué pasó para que los “no moros” no fueran totalmente dominados y asimilados por los moros? Al ver una amenaza en la fuerza del invasor, se definieron en oposición a él, es decir, como herederos de los romanos y godos y, sobre todo, como cristianos. En el 711, la Península todavía no era homogénea: existían diferentes pueblos que habían sido romanizados y la mayor parte había estado también bajo el control de los godos. Al sentirse invadidos otra vez —por los moros, esta vez— deciden unificarse para oponerse mejor. Con la llegada de los almorávides y almohades, la religión —el aspecto más amenazado de su identidad— se vuelve un proyecto ético-político de sociedad y que permite luchar de potencia a potencia contra los musulmanes. Los “no moros” aspiran a lograr un Estado-nación, es decir, “un grupo dominante nacional, que utiliza al Estado para privilegiar su identidad, lenguaje, historia, mitos, *religión*, etc. y que define al Estado como la expresión de su nacionalidad” (Kymlicka 2003: 48). En el caso de España, la religión está en el centro de ese nacionalismo. El proyecto se concretiza con la unión de los reinos de Isabel de Castilla y de Fernando de Aragón que vinieron a ser llamados “Reyes *Católicos*”. Creemos que esa definición de la identidad en la religión cristiana, en oposición al Islam de su invasor, es un momento clave en la Historia de España. El caso de Quebec es un poco similar al de España por haber sido conquistado y por haber definido también su identidad en torno a la religión: los católicos en oposición a los protestantes. La Iglesia fomentó esa asociación religión-identidad para salvar el catolicismo. Pero también opuso la lengua francesa frente a la amenaza de la lengua inglesa y permitió mantener un sistema educativo francés dentro de una dominación inglesa. Maalouf dice: “À certains moments dans l'Histoire, de nombreuses personnes se mettent à privilégier un élément de leur identité aux dépens des autres” (99) y ese elemento cambia según el contexto, según lo que parece ser amenazado. En efecto, si comparamos el caso español con el de otros países europeos en los cuales la religión no fue amenazada, como Francia por ejemplo, constatamos que definieron su identidad de otra manera.

Las numerosas invasiones y colonizaciones que forman parte de la Historia de los peninsulares seguramente han desempeñado un papel importante en la construcción de la *morada vital* hispana. Un pueblo conquistado o colonizado reacciona y su reacción depende de su visión de él mismo: o se encierra en sí mismo, o bien se enorgullece de su propia *morada vital* y se crea un fervor nacionalista muy fuerte. ¿Es posible que esas invasiones y colonizaciones sean el origen de este fervor nacional, de este orgullo “español”? ¿No será también el origen de este mundo de creencias y de este sueño de cambiar los papeles algún día y dominar a otros? Quebec reaccionó a su estado de conquistado y se liberó de su mentalidad de dominado con la *Révolution Tranquille*, lo que sirvió de base para la emergencia de una corriente nacionalista en los años sesenta. España se puso muy orgullosa de sí misma y de su religión, construyó toda su identidad en torno a ese elemento y se propuso propagar la fe cristiana a todo el mundo.

Entonces, la *morada vital* hispana no es ni romana ni goda ni mora, sino hispana. Creemos que se construyó por la multiplicidad de los contactos —de guerra, invasión, colonización, convivencia, yuxtaposición, multiculturalismo, interculturalidad— que tuvo con otros pueblos a lo largo de la Historia. Cada uno participó, desde cerca o desde lejos, en la construcción de esa *morada vital*, algunos más que otros, pero pensamos que la España musulmana provocó su unificación en la religión frente al “otro”. Sin esa invasión, España se hubiera parecido más a sus vecinos europeos.

Aunque se contradicen mucho, las obras de Castro y Sánchez-Albornoz nos parecen tener unos rasgos en común. Observamos que ambos autores las escribieron desde el exilio, bajo una *contextura vital* hispana bien particular: la dictadura de Franco. Por estar exiliados, suponemos que los autores no estaban por el fascismo, pero observamos que las ideas relacionadas con la identidad nacional de esa época parecen haber influido en ambas obras. En efecto, los supuestos teóricos de cada una destacan *una sola* identidad nacional fuerte (la castellana), como solía promover el franquismo. Desde el fin de la dictadura, se han revitalizado las identidades españolas locales. De hecho, ¿cómo se podría concebir España hoy en día sin hablar de Galicia, de Cataluña y del País Vasco? La estructura política moderna que conoce ahora España con sus comunidades autónomas y su gobierno descentralizado promueve algún reconocimiento de esas identidades múltiples. Ese movimiento de reconocimiento se ha puesto más y más a la moda con el actual fenómeno de la globalización. Todo eso nos inclina a pensar que las visiones de Castro y de Sánchez-Albornoz están un poco desusadas ahora porque se limitaban a buscar *una sola morada vital* hispana. Pero ambas han permitido un debate sobre la cuestión identitaria y España sigue cuestionándose hasta nuestros días. Ahora es tiempo para que España asuma sus múltiples orígenes e identidades y que aproveche todas esas riquezas culturales de las cuales nacieron sus propias *moradas vitales*.

Referencias bibliográficas

- ALCÁZAR CHÁVEZ, Martín del. 2003. "Ciudadanía multicultural o ciudadanía indígena : hacia una concepción de ciudadanía diferenciada", en *Ciudadanías inconclusas. El ejercicio de los derechos en sociedades asimétricas*. Eds. N. Vigil y R. Zariquiey. Lima: Cooperación Técnica Alemana / Pontificia Universidad Católica del Perú, 43-58.
- CASTRO, Américo. 1948. *España en su historia: cristianos, moros y judíos*. Buenos Aires: Editorial Losada S.A.
- CASTRO, Américo. 1963. *Réalité de l'Espagne: histoire et valeurs*. Paris: Librairie C. Klincksieck. (Traducción de "La Realidad histórica de España". México: Porrúa Hermanos, 1954).
- DIETZ, Gunther. 2003. "Por una antropología de la interculturalidad", en *Multiculturalismo, interculturalidad y educación: una aproximación antropológica*. Granada: Universidad de Granada, 79-127.
- GÓMEZ-MARTÍNEZ, José Luis. 1975. *Américo Castro y el origen de los españoles: historia de una polémica*. Biblioteca románica hispánica. Madrid: Editorial Gredos.
- KYMLICKA, Will. 2003. "Estados multiculturales y ciudadanos interculturales". *Actas del V Congreso Latinoamericano de Educación Intercultural Bilingüe: Realidad multilingüe y desafío intercultural*. Ed. Roberto Zariquiey. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 47-81.
- MAALOUF, Amin. 1998. *Les identités meurtrières*. Paris : Grasset.
- PEÑA, Aniano. 1975. *Américo Castro y su visión de España y de Cervantes*. Biblioteca románica hispánica. Madrid: Editorial Gredos.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio. 1962. *España, un enigma histórico*. Segunda edición. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.